

4

ESPADAS CONTRA LA MAGIA

Fafhrd y el Ratonero Gris



Fritz Leiber

En el helado norte de Nehwon se alzaba una montaña inescalable. La leyenda decía que en su cumbre moraban dioses malignos y demonios y que, por supuesto, había un tesoro sin precio. De modo que, naturalmente, cuando Fafhrd y el Ratonero Gris oyeron hablar de ello... Y, como si una aventura semejante no fuera suficiente para dos mortales, encontraremos a Fafhrd y al Ratonero Gris en una taberna de Lankhmar, fanfarroneando sobre su habilidad como ladrones, y poco después, turbados por la vergüenza, viendo separados sus caminos en los laberintos del antiguo reino de Quarmal, cuna de intrigas y poderosos nigromantes.

Esta cuarta entrega de la saga de Fafhrd y el Ratonero Gris, dotada de la finísima ironía con la que Fritz Leiber ha caracterizado siempre a sus personajes más queridos, justifica una vez más el que dicho ciclo se considere la obra maestra de la fantasía heroica. Acaparador de todos y cada uno de los grandes premios literarios que se conceden en la fantasía, el terror y la ciencia ficción, Fritz Leiber es uno de los más personales escritores norteamericanos y el autor más premiado en toda la historia de la literatura fantástica.

*Dedico este libro a
HARRY OTTO FISCHER
que fue el primero en explorar Quarmall
y quien escribió diez mil de estas palabras
que aquí están sin variaciones,
sobre aquel reino subterráneo.*

*Además, dedico Stardock,
La segunda parte de esta novela,
A esos dos esforzados «hombres de los despeñaderos»
Poul Anderson y Paul Turner.*

Contenido

Prólogo del autor [Espadas contra la magia] (Author's Introduction [Swords Against Wizardry]) [Artículo] **1973**

En la tienda de la bruja (In the Witch's Tent) [Relato Corto] **1968**

Stardock (Stardock) [Relato] **1965**

Los dos mejores ladrones de Lankhmar (The Two Best Thieves in Lankhmar) [Relato Corto] **1968**

Los señores de Quarmall (The Lords of Quarmall) [Novela Corta] 1964

Nota acerca del autor [Saga de Fafhrd y el Ratonero Gris]

PRÓLOGO DEL AUTOR

Espadas contra la Magia es el cuarto libro de la saga de Fafhrd y el Ratonero Gris, que sigue inmediatamente a *Espadas entre la niebla* y al que seguirá *Las espadas de Lankhmar*. Los dos héroes han sido compañeros de aventuras durante cerca de una década.

En 1936 mi compañero Harro Otto Fischer concibió, empezó a escribir y abandonó la historia «Los señores de Quarmall». Veinte años después, decidí que debía emprender la agradable tarea de resolver los misterios del relato y completarlo sin cambiar en absoluto sus palabras, excepto para añadir detalles argumentales. Harry, que para ciertas cosas es una persona muy paciente, comentó que le agradaba descubrir por fin cómo terminaba su historia.

Las secciones que Harry escribió son la historia de Quarmall y la presentación de su señor y Flindach, que comienza con el penúltimo párrafo de la página 110 y termina en la 119; el juego de ajedrez entre Gwaay y Hasjarl, 132 a 142; la cremación de Quarmall, 151 a 158; partes del hechizo del Ratonero, 159; y la idea del viaje del Ratonero por un túnel, 172 y 173.

Ahora el hogar de Harry está en Clarksburg, una población de montaña en el corazón de los Appalaches, mientras que yo vivaqueo en otra población montañesa de la costa occidental de Estados Unidos, pero, a pesar de la distancia, nuestra camaradería está tan viva como siempre.

FRITZ LEIBER, 1973

En la tienda de la bruja

La bruja se inclinó sobre el brasero, cuyo humo gris se entrelazaba en su ascensión con las hebras de la enmarañada cabellera negra. La luz de las brasas reveló el rostro moreno, de facciones irregulares y sucio como las raíces de un manzano negro recién arrancado. Medio siglo de calor y humo de brasero lo habían curtido, y era tan negro, arrugado y correoso como el tocino mingol.

A través de las anchas fosas nasales y la boca entreabierta, con la mandíbula caída, en la que se veían unos pocos dientes parduscos, como viejos tocones de árboles que vallaban irregularmente el campo grisáceo de su lengua, la vieja inhalaba gargarizando y expelía con un borboteo aquella humareda.

El humo que escapaba a sus pulmones ávidos se dirigía tortuosamente al combado techo de la tienda, que descansaba en siete nervaduras curvadas hacia abajo desde el poste central, y depositaba sobre el viejo cuero sin curtir su pequeña limosna de resina y hollín. Dicen que el cuero de esas tiendas, si se hierve tras décadas, o mejor aún, siglos de uso, produce un líquido nauseabundo que proporciona a quien lo toma extrañas y peligrosas visiones.

Desde el lugar donde se levantaba la tienda irradiaban los oscuros y retorcidos callejones de Illik—Ving, una ciudad que había crecido demasiado y era ruda y ruidosa, la octava y más pequeña metrópolis de la Tierra de las Ocho Ciudades.

Soplaba un viento helado, y en el cielo brillaban las extrañas estrellas del mundo de Nehwon, que es tan parecido

y tan distinto al nuestro.

Dentro de la tienda, dos hombres con atuendo bárbaro contemplaban a la vieja encorvada sobre el brasero. El más corpulento, rubio con destellos rojizos, miraba atentamente y con expresión sombría. El de menor estatura, totalmente vestido de gris, entrecerró los ojos, ahogó un bostezo y frunció la nariz.

—No sé qué apesta más, si ella o el brasero —murmuró—. O quizá es toda la tienda, o esta inmundicia sobre la que nos sentamos. O a lo mejor vive con una mofeta. Mira, Fafhrd, si era preciso consultar a alguien con dotes mágicas, deberíamos haber buscado a Sheelba o Ningauble antes de haber zarpado de Lankhmar para cruzar hacia el norte el mar Interior.

—No estaban disponibles —respondió el hombre robusto en un susurro entrecortado—. Chitón, Ratonero Gris, creo que está entrando en trance.

—Querrás decir que se está durmiendo —replicó jocosamente su compañero.

La respiración gargarizante de la bruja empezó a parecer un estertor agónico. Movi6 ligeramente los párpados, mostrando dos líneas blancas. El viento agitó las oscuras paredes de la tienda..., o tal vez lo hacían invisibles presencias que se revolvían en la penumbra.

El hombrecillo no estaba impresionado.

—No veo por qué tenemos que consultar con nadie —comentó—. No vamos a abandonar Nehwon, como hicimos en nuestra última aventura. Tenemos los papeles..., quiero decir el trozo de pergamino... y sabemos ad6nde vamos, o al menos tú afirmas saberlo.

—¡Chitón! —repiti6 el hombre corpulento. Y a6nadi6 en tono áspero—: Antes de que uno se embarque en cualquier empresa importante, es costumbre consultar con un mago o una bruja.

El hombrecillo, ahora tambi6n susurrante, replic6:

—En ese caso, ¿por qué no hemos consultado con alguien civilizado? Cualquier miembro del Gremio de Brujos de Lankhmar con buena reputación, quien, por lo menos, habría tenido a su lado una o dos muchachas desnudas con las que solazar los ojos cuando empezaran a lagrimear por fijarlos tanto en los enmarañados jeroglíficos y horóscopos.

—Una buena bruja vulgar es más honesta que esos pícaros de la ciudad disfrazados con una túnica llena de estrellas y un cono negro en la cabeza —arguyó el hombretón—. Además, ésta se halla más cerca de nuestro helado objetivo y sus influencias. ¡Tú y tu gusto por los lujos urbanos! ¡Convertirías la sala de un brujo en un burdel!

—¿Por qué? —respondió el hombrecillo—. ¡Dos clases de hechizos a la vez! —Entonces, señalando a la vieja con un dedo, añadió—: ¿Vulgar, dices? Sería más exacto decir asquerosa.

—Calla, Ratonero, o interrumpirás su trance.

—¿Trance?

El hombrecillo miró de nuevo a la bruja, la cual había cerrado la boca y respiraba con dificultad sólo por la nariz, cuya punta sucia de hollín trataba de reunirse con el mentón sobresaliente. Se oían unos aullidos muy tenues, como de lobos remotos, o de fantasmas cercanos, o quizá no era más que una nota curiosa del jadeo de la bruja.

El hombrecillo hizo un mohín despectivo y meneó la cabeza. Le temblaban un poco las manos, pero lo disimulaba.

—Lo único que le ocurre es que está narcotizada —comentó juiciosamente—. Le has dado demasiada goma de adormidera.

—Pero ése es el propósito del trance —protestó el hombretón—. Narcotizar al espíritu para que ascienda a las montañas místicas y desde sus cumbres pueda ver las tierras del pasado y el futuro, y quizá el otro mundo.

—Ojalá las montañas que nos esperan fuesen simplemente místicas —musitó el hombrecillo—. Mira, Fafhrd, estoy dispuesto a permanecer aquí en cuclillas toda la noche,

o el tiempo que haga falta delante de esta vieja apestosa, para satisfacer tu antojo. Pero ¿no se te ha ocurrido pensar que dentro de esta tienda corremos peligro? Y no me refiero tan sólo a los espíritus. Hay otros pillos aparte de nosotros en Illik—Ving, algunos quizá empeñados en la misma empresa que nosotros, y a quienes les encantaría destruirnos. Y aquí, tras estas paredes de cuero, somos ciervos silueteados contra el horizonte..., unos blancos perfectos.

En aquel instante el viento volvió a manosear la tienda, y se le añadió un garrapateo que podría ser de puntas de ramas agitadas por el viento o de largas uñas de muertos rascando el cuero. También se oían débiles gruñidos y aullidos, acompañados de pisadas sigilosas. Los dos hombres pensaron en la última advertencia del Ratonero, ambos miraron hacia la entrada oscura de la tienda y aflojaron las espadas en sus vainas.

La ruidosa respiración de la bruja se detuvo, y con ella los demás sonidos. Abrió los ojos, mostrando sólo los blancos, unos óvalos lechosos que resaltaban espectrales en el rostro oscuro y rugoso y la maraña del pelo. La punta gris de la lengua recorrió los labios como un gusano enorme.

El Ratonero iba a seguir hablando, pero Fafhrd le conminó a callar tocándole con su manaza.

En voz baja, pero muy clara, casi la voz de una muchacha, la bruja entonó:

*Por razones brujeriles de sentido profundo
viajaréis hacia el borde helado del mundo...*

«De sentido profundo —pensó el Ratonero—, una manera de no decir nada propio de las brujas. Está claro que no sabe nada de nosotros, salvo que nos dirigimos al norte, cosa que puede haberle dicho cualquier indiscreto.»

*El norte, siempre el norte, será vuestro destino,
sin que os arredre el hielo y la nieve del camino.*

«Y dale con lo mismo —comentó el Ratonero para sus adentros—. ¿Por qué ha de recordarnos eso, incluso la nieve? ¡Brrr!»

*Y muchos rivales, cegados por la envidia,
os seguirán, dispuestos a quitaros la vida...*

«Ajá, el inevitable sobresalto, sin el que no está completa ninguna adivinanza.»

*Pero tras el fuego limpiador del peligro,
vuestro deseo por fin veréis cumplido...*

« ¡Y ahora el final feliz! Dioses, hasta la prostituta de Ilthmar más torpe en interpretar la palma podría...»

Y entonces encontraréis...

Algo de color gris plateado pasó volando ante los ojos del Ratonero, tan cerca que no pudo distinguir su forma con claridad. Al instante se agachó y desenvainó a Escalpe-lo.

La hoja de la lanza, afilada como una navaja, que había penetrado a través de la pared de la tienda como si fuese de papel, se detuvo a pocos centímetros de la cabeza de Fafhrd y retrocedió.

La punta de una jabalina penetró rasgando el cuero de la tienda. El Ratonero la desvió con su espada.

Fuera de la tienda se alzó entonces una algarabía. Unos gritaban: «¡Muerte a los extranjeros!». Otros: «¡Salid, perros, que os vamos a matar! ».

El Ratonero miró la entrada, cubierta por un pellejo. Fafhrd, casi tan rápido en reaccionar como el Ratonero, pensó en una solución un tanto irregular para su difícil problema táctico, la de hombres sitiados en una fortaleza cuyos muros ni les protegen ni les permiten ver lo que hay en el exterior. Se abalanzó contra el poste central de la tienda y, con un tirón formidable, lo arrancó del suelo.

La bruja, que reaccionó también con buen sentido, se tendió en el suelo.

—¡Levantamos el campamento! —gritó Fafhrd—. ¡Ratonero, defiende nuestro frente y guíame!

Dicho esto, corrió hacia la entrada, llevando toda la tienda consigo. Se oyó una rápida serie de pequeñas explosiones, a medida que se rompían las viejas correas que

unían las paredes de cuero a unas estacas. El brasero volcó, esparciendo las brasas. Pasaron por el lado de la bruja. El Ratonero, que corría delante de Fafhrd, abrió el pellejo de la entrada. En seguida tuvo que hacer uso de Escalpelo, para detener una estocada que surgió de la oscuridad, pero con la otra mano mantuvo la entrada abierta.

El otro espadachín había caído al suelo, quizá un tanto alarmado al ver que le atacaba la tienda. El Ratonero pasó por encima de él, y creyó oír el ruido de las costillas al romperse cuando Fafhrd hizo lo mismo, amable detalle, aunque brutal.

— ¡Gira a la izquierda, Fafhrd! ¡Ahora un poco a la derecha! A nuestra izquierda desemboca un callejón. Prepárate para girar en cuanto te lo diga. ¡Ahora!

Cogiendo los bordes de cuero de la entrada, el Ratonero ayudó a orientar la tienda bajo la que Fafhrd giraba sobre sus talones.

Detrás de ellos se oían gritos de furor y sorpresa, así como un chillido que parecía la voz de la bruja, enfurecida por el robo de su hogar.

El callejón era tan estrecho que los lados de la tienda rozaban edificios y vallas. En cuanto Fafhrd notó un lugar blando en el sucio suelo, clavó en él el poste y ambos hombres salieron de la tienda, dejando que ésta bloqueara el callejón.

Los gritos a sus espaldas se intensificaron cuando sus perseguidores entraron en el callejón, pero Fafhrd y el Ratonero no aceleraron su huida, pues era evidente que sus atacantes perderían un tiempo considerable tanteando y asaltando la tienda vacía.

Corriendo, pero no tanto como para fatigarse, avanzaron por las afueras de la ciudad dormida, hacia el lugar bien oculto donde habían acampado, aspirando el aire frío y vigorizante que rodeaba las montañas Trollstep, una escarpada cadena que separaba la Tierra de las Ocho Ciudades de la amplia llanura conocida como el Yermo Frío.

—Es una lástima que interrumpieran a la vieja cuando estaba a punto de decirnos algo importante —observó Fafhrd.

—Ya había cantado su canción —respondió el Ratonero con un bufido de enojo—, y la suma de todo lo que dijo era igual a cero.

—¿Quiénes serían esos matones y cuáles sus motivos? —preguntó Fafhrd—. Me ha parecido reconocer la voz de ese bebedor de cerveza, Gnarfi, que siente aversión por la carne de oso.

—Unos canallas que se han comportado tan estúpidamente como nosotros —replicó el Ratonero—. ¿Motivos? ¡Son como borregos! Diez imbéciles que siguen a un guía idiota.

—No sé, parece que no le gustamos a alguien —opinó Fafhrd.

—¿Y eso es alguna novedad? —respondió el Ratonero Gris.

Stardock

Unas semanas después de estos acontecimientos, un atardecer, la gris armadura nubosa del cielo se alejaba hacia el sur, aplastada y disuelta como por los golpes de un mazo empapado de ácido. El mismo potente viento del nordeste empujaba despectivo la hasta entonces inexpugnable muralla nubosa al este, revelando la cordillera severa y majestuosa que iba de norte a sur y se levantaba abruptamente desde la llanura, de dos leguas de altura, del Yermo Frío, como un dragón de cincuenta leguas de longitud cuya espina dorsal erizada de púas sobresaliera de su helada sepultura.

Fafhrd, quien conocía bien el Yermo Frío, había nacido al pie de aquellas mismas montañas y, en su infancia, había escalado sus cimas inferiores, iba diciendo sus nombres al Ratonero Gris. Los dos hombres estaban de pie en el borde occidental, helado y quebradizo, de la hondonada donde habían acampado. El sol poniente todavía brillaba a sus espaldas e iluminaba las vertientes occidentales de los picos más altos, pero no era un romántico resplandor rosado, sino más bien una luz clara, fría, que resaltaba los detalles y la imponente soledad de los picos.

—Mira la primera gran elevación al norte —le dijo al Ratonero—, esa falange de lanzas de hielo que amenazan al cielo, de rocas oscuras con destellos verdosos... Eso es el Ripsaw. Luego, empequeñeciéndolas, un diente aislado blanco como el marfil, que no se atrevería a escalar nadie en su sano juicio. Se llama la Muela. Sigue otro pico inescalable, todavía más alto y cuya pared meridional es un preci-

picio de una milla que se curva hacia afuera, hacia la punta de la aguja: es el Colmillo Blanco, donde murió mi padre, el canino de las Montañas de los Gigantes.

»Ahora empecemos de nuevo con la primera cúpula nevada al sur de la cadena —siguió diciendo el hombre alto, cubierto por un manto de piel, la cabellera y la barba cobrizas, pero ninguna otra protección en la cabeza contra el aire gélido, que estaba tan quieto al nivel del suelo como las profundidades marinas bajo una tormenta—. Le llaman el Indicio, o el Señuelo. No tiene un gran aspecto, pero muchos hombres que pernoctaron en sus laderas murieron congelados o sepultados por sus tremendas y caprichosas avalanchas. Sigue otra cúpula nevada mucho mayor, verdadera reina con respecto a la princesa que es, Indicio, un hemisferio del blanco más puro, lo bastante espacioso como para albergar la sala del consejo de todos los dioses que han existido o existirán... Es el Gran Hanack, al que mi padre fue el primero en dominar. Nuestra ciudad de tiendas se instaló ahí, cerca de su base. Supongo que ya no deben quedar rastros, ni siquiera un muladar.

»Después del Gran Hanack y más cercano a nosotros, una enorme columna de cima plana, casi un pedestal del cielo, que parece de nieve entreverada de verde, pero que en realidad es de granito blanco como la nieve, pulido por las tormentas: es el obelisco Polaris.

»Finalmente —continuó Fafhrd, bajando la voz y rodeando el hombro de su pequeño compañero— deja que tu mirada se deslice por ese pico con su cabellera y su casquete de nieve, situado entre el Obelisco y el Colmillo Blanco, cuya falda nevada oculta un poco el primero, pero más alto que los dos, del mismo modo que éstos son más altos que el Yermo Frío. Ahora la luna creciente se oculta tras él: es Stardock, el objetivo de nuestra búsqueda.

—Una verruga bastante bonita, alta y esbelta en esta zona helada de la superficie de Nehwon —concedió el Ratonero, al tiempo que movía el hombro para zafarse del

abrazo de Fafhrd—. Y ahora, amigo, dime por fin por qué nunca escalaste ese Stardock en tu juventud para hacerte con el tesoro que hay ahí, sino que debiste esperar hasta que encontramos una pista en aquella torre desierta, polvorienta, calurosa y llena de escorpiones, a un cuarto de mundo de distancia... y perdiste medio año para llegar aquí.

Cuando Fafhrd le respondió, había una nota de inseguridad en su voz.

—Mi padre nunca escaló esa cumbre. ¿Cómo iba a hacerlo yo? Además, en el clan de mi padre no había leyendas de tesoros escondidos en la cima de Stardock..., aunque sí otras muchas leyendas sobre el mismo pico, todas las cuales prohibían la ascensión. Consideraban a mi padre un violador de leyendas, y cuando murió en el Colmillo Blanco se encogieron de hombros, pensando que se lo tenía bien merecido... La verdad es que no recuerdo bien aquellos tiempos, Ratonero... Recibí demasiados golpes tremendos en la cabeza antes de aprender a guardarme de ellos... y, además, apenas era un chiquillo cuando el clan abandonó el Yermo Frío, aunque los ásperos muros del obelisco Polaris fueron mi terreno de juego...

El Ratonero asintió, dubitativo. Sólo interrumpía el silencio el ruido que hacían los caballos al comer la hierba helada de la hondonada, y luego un leve gruñido de Hrisa, el gato polar, acurrucado entre la pequeña fogata y el montón de equipaje... Probablemente uno de los caballos se le había acercado demasiado mientras pacía. Nada se movía en la gran llanura helada a su alrededor... o casi nada.

El Ratonero introdujo la mano enfundada en un guante gris de piel de cordero en la faltriquera y extrajo un pequeño fragmento oblongo de pergamino. Apenas leyó su contenido al recitar:

*Quien suba al blanco Stardock,
el Árbol de la Luna,
sorteando gusanos, gnomos y peligros ocultos,
conseguirá la llave de la riqueza:*